La Fracmasonería y la Escuela Laica

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL "INSTITUTO CIENTIFICO DE QUERÉTARO" LA NOCHE DEL 15 DE FEBRERO DE 1900.

SEÑORES:

NUNCA, como en la época nuestra, los asuntos del orden social estuvieron tan íntimamente ligados con los asuntos del orden religioso. Es admirable que en este siglo formidablemente empeñado en desterrar del mundo la religión, en matarla con el vacío, absorbiendo para los intereses materiales toda la energía de los hombres y toda la devoción de la humanidad, la religión sea en grado que no le fué jué jamás, ni aun en la estructura mística de la Edad Media, la vida y substancia de este mismo siglo, el elemento que más domina su sistema, el centro más alto de todas sus poderosas corrientes, el punto á que se dirigen todos sus conflictos, el estandarte en cuyo derredor se libran todas las batallas, la ola única que atraviesa todo el océano de sus problemas, paseando la mole fúlgida de su cima bajo todas las borrascas y sobre todos los escollos y los arrecifes, los abismos y los naufragios.

¿Por qué semejante paradoja?

Porque el Cristianismo, que en las catacumbas fué exclusivamente una religión, y en la época de las irrupciones del Norte un constructor de sociedades, y en los siglos de los Papas un organizador político de Estados, hoy, en nuestro siglo, es, además, la garantía única de la civilización, la llave única que guarda sus conquistas; pues así como en los días de San Juan, todo lo que el mundo tenía de culto era pagano, hoy todo lo que el mundo tiene de pagano es lo que tiene de barbarie; como el socialismo anarquista, como el caos de la crápula, como el imperialismo anglo-sajón, que resucita el de los Césares, como el agio de los Estados y los sindicatos que nos devuelve la servidumbre económica de los años de Séneca. Pudieron los emperadores romanos, los Antoninos gloriosos, gobernar pacíficamente y sin ayuda del Cristianismo sus Estados del Tigris al Danubio; pudieron los bárbaros, pudieron Clovis y Etelverto gobernar sus dominios sin ayuda del Evangelio; pudieron las multitudes islamitas, frenéticas perseguidoras de Cristo, erigir en el mediodía de Europa Estados de floración vigorosa, que cultivaran por siete centurias; pudieron los Reyes, aun sin el auxilio de los Papas, crear monarquías casi perdurables, como la tantas veces centenaria de los Capetos; pero hoy, Señores, en este siglo preparado por Voltaire, y más aún, en el que ya camina con su aurora á vestir de púrpura el Oriente, ni hay ni podrá haber Estado posible, régimen político, ni Gobierno posible, ni vida asociada, ni civilización, en fin, sin el apoyo del Cristianismo como religión popular, porque sin el Cristianismo no puede quedar más que el anarquismo, es decir, la negación de toda civilización imaginable. Sí, Señores, ó Cristianismo ó anarquismo. Después que las aguas del Jordán han bañado por diez y nueve siglos la frente del hombre, y después que el dolor se ha apoderado de las grandes fuerzas de la naturaleza, el mundo no podrá apostatar del Calvario, para entregarse á un paganismo viable y culto, un paganismo artista como el de Cicerón, virtuoso como el de Sócrates, amoroso y florido como el de Virgilio, augusto como el de Alejandro, sabio como el de Aristóteles ó celeste y casi divino como el de Platón; sino el paganismo que fué asesinato en Bruto, indecencia y crápula en Mesalina, placer de incendio, gozo de tortura y deleite de parricidio en Nerón. Sería, ya lo hemos visto, el paganismo de Ravachol y de Caserio; esto es, la erupción de todo lo monstruoso, el

desenfreno de todo lo feroz, el arrasamiento de cuanto existe: orden, arte, riqueza, familia, civilización, humanidad. Quitad hoy de Italia, de Francia, de Alemania, sus enormes elementos sociales cristianos, convertidlos en anarquistas y todo el sistema gubernativo quedará arruinado por instantes. De esta manera, el siglo que aborrece á la religión la lleva como vida de sus entrañas; los Estados que la repudian y persiguen, viven merced á sus influencias; y de esa manera, el Cristianismo, por obra de su genio infinitamente vital, se hace necesario para la propia vida del mundo que lo persigue, y tanto más necesario cuanto más perseguido. Él lleva sus victorias en la debilidad misma que produce la persecución en sus perseguidores. En toda la naturaleza y en toda la historia, él es el único poder cuyos enemigos se combaten al combatirlo.

Hé aquí, Señores, por qué todas las cuestiones sociales de nuestra época, nacidas una á una de la revolución, están ligadas forzosamente con la cuestión religiosa. Pues bien, entre esas cuestiones, acaso la más trascendental es la que se refiere á la educación. Todo el porvenir de la tierra, el mañana del género humano depende, por modo principalísimo, del triunfo en este combate cruento y fragoroso que se libra entre la escuela atea y la escuela cristiana.

Él, con la ayuda del periodismo pagano, es en todo el curso de la historia el más rudo y universal y formidable combate que se ha desplegado contra la Cruz. Asistimos á la más grande batalla que han visto las edades contra Jesucristo. Porque si recordáis la edad de las catacumbas cuando el suplicio era el patrimonio del cristiano, cuando los cuerpos de los justos embreados ardían para alumbrar las lupercales de Nerón, cuando la sangre de los mártires subió, como las aguas del dilluvio, quince codos más alto que las altísimas rocas, la filosofía os dirá que eso era perseguir á los cristianos para engrandecer al Cristianismo que brotó de las negruras del dolor, como del caos el universo. Si recordáis los horrendos asesinatos de la erupción protestante, las matanzas de campesinos católicos, los crímenes sin número del Calvinismo y el Luteranismo, cuando crecieron las ondas del Danubio y el Támesis con el llanto celeste de la Iglesia, la historia os dirá que el combate se localizó en una sección de Europa y que mientras Satanás arrebataba para sí pequeñas heredades del Señor, la aurora del Evangelio amanecía sobre la América, bañando con

su luz tres mil leguas de costas, y los Angeles de Belén tendían el vuelo á la ciudad del Pontificado, para entonar después de quince siglos el segundo Gloria in Excelsis, anunciando que Cristo había nacido ya en un mundo nuevo. Si recordáis la revolución del 93, con todos sus monstruosos delitos y sus torrentes de sangre, y hacéis memoria, por ineludible asociación de recuerdos, de nuestro medio siglo de formidables guerras religiosas, la historia os dirá que desde el felicísimo Esteban hasta el último de nuestros mártires, la sangre cristiana es manantial de cristianos; os dirá que el hierro, insaciable segando vidas, es impotente para matar ideas; que la metralla, arrasadora de ciudades, demoladora de santuarios, y el destierro, acumulador de tribulaciones y el grillete y el hambre, nada pueden contra la fe. El Calvario es muy alto, y no alcanzan, no pueden llegar á su cima en que se yergue la Cruz, todas esas persecuciones de la espada ó de la pólvora, del dolor del cuerpo, de la tribulación terrenal.

Hoy, la batalla es universal: hoy la batalla no se libra contra los cuerpos, sino contra las almas; no tiene por fines derribar los templos de piedra, sino los templos vivos del Espíritu Santo; hoy no se dirige contra los cristianos, sino contra los dogmas y los principios; hoy el combate no es al creyente, es á Cristo; hoy los ejércitos no son de soldados, sino de maestros de escuela y de escritores impíos; hoy la metralla es el libro y el periódico; hoy en vez de atormentar á los cristianos como en los días de Calígula, en el circo ó en la hoguera, se les acaricia y adula en las aulas; hoy la catacumba, el antro obscuro é ignorado, no es para los perseguidos, sino para los perseguidores; hoy nosotros vivimos á la luz, mientras ellos buscan el secreto y el encierro de las logias, para tramar en ellas la vastísima conspiración contra el Cristianismo.

Y esta sí es verdadera revolución, esta sí es la formidable, esta sí se desarrolla en el terreno de la fe y de la Iglesia, que es el espíritu y la doctrina; esta es, por lo tanto, la más pujante y peligrosa batalla contra el Señor, que han presenciado los siglos.

¿Y sabéis, Señores, en qué estriba lo más peligroso del combate por parte nuestra, y lo más ventajoso por parte del enemigo? En que ni lo percibimos ni lo comprendemos.

Se ha dicho que la escuela es una exigencia de la democracia pura, se ha dicho que la escuela debe ser laica,

porque debiendo ser obligatoria, debe ser neutral, para garantizar así á los padres de familia, pertenecientes á distintas religiones, el respeto á la de sus hijos. Esto se ha repetido como el poderoso argumento en que descansa la escuela sin Dios, y la Sociedad Católica lo ha creído á pie juntillas, y sin advertir el verdadero carácter de la escuela atea, envía serenamente á sus niños á engrosar las filas de los ejércitos paganos.

Pues ahora bien, Señores, en una fiesta de escuela católica, en presencia de padres cristianos, nada he juzgado tan digno de aquélla y de vosotros, como descorrer el velo de la historia para mostraros el verdadero, genuino y esencialísimo carácter de la escuela laica; ningún asunto me ha parecido tan digno de un discurso escolar en nuestra época, como demostraros con la evidencia de documentos irrefutables y la franqueza que reclaman del orador católico los inminentes peligros de nuestro medio, que la escuela laica es una institución eminentemente masónica, creada con el fin principalísimo de descatolizar las naciones, apagando en el alma de los niños la estrella de la fe, apoderándose de la nueva humanidad para convertirla en pagana. Voy á demostrarlo.

En 1762 Luis de la Chalotais, encumbrado personaje de las logias francesas y Procurador del Rey, escribió un informe contra los Jesuitas, y Voltaire, el príncipe del filosofismo anticristiano, lo excitó á componer un plan de educación de la juventud. La Chalotais se lo remitió en Febrero siguiente. Nació entonces la escuela atea; Voltaire, inmensamente satisfecho de la obra, le contestó con las más vehementes alabanzas. "¿Qué me ordenáis?—le decía por último—¿Queréis que os devuelva el manuscrito? ¿Me permitiréis que yo lo imprima en el extranjero? ¿Acataré estrictamente vuestra órdenes?" 1

¿Cuáles eran los puntos cardinales de ese proyecto infinitamente elogiado por el Jefe de la masonería francesa?

Monopolio de la enseñanza por parte del Estado y abolición de la religión en las escuelas. Y este plan no había sido obra de la inspiración personal de la Chalotais, ni de la sugestión de Voltaire: era el proyecto acordado por las altas logias de Alemania y Francia para destruír el Cristianismo.

1 Correspondencia de Voltaire, carta del 28 de Febrero de 1763.

Weishaup, el Jefe de las primeras, en sus "Reglas para la Propaganda," escribía: "Es preciso destruir la Religión, y para ello debemos, ante todo, apoderarnos de la educación." Por su parte, Helvetius presentaba á la masonería francesa la misma doctrina en sus libros "El Espíritu" y "El Hombre."

Los filósofos se organizaron para la cruzada contra la enseñanza católica. Llegaron á establecer una oficina especial regenteada por Voltaire. "A esa oficina—dice Barruel, testigo de gran autoridad—se dirigían todos los masones que necesitaban recomendación para obtener plaza de maestros ó educadores en casa de los ricos y de los grandes. Luego que iba á vacar un destino de preceptor en cualquier población ó colegio, los sectarios se dirigían á d'Alembert, informándole del caso, indicando los pretendientes que era preciso rechazar ó recomendar, las personas á quienes se debía recurrir para lograr que los candidatos masones fueran los preferidos, y, en una palabra, cuanto era necesario para lograr el gran objeto." 1

Veinticinco años duró ese sistema, hasta que triunfante la Revolución, la masonería se convirtió en Estado, y pudo ya, por medio de la Constituyente, la Legislatura, la Convención y el Directorio, imponer francamente y con el apoyo de la fuerza el programa de La Chalotais. Sin embargo, fué el gran pillo de la historia moderna, fué Napoleón Bonaparte, el primero que lo ejecutó plenamente en la Constitución de la Universidad Imperial, erección monstruosa y completa del monopolio escolar del Estado.

El 6 de Mayo de 1806, el Jefe de la Masonería francesa, Mr. Fourcroy, presentó á la Cámara legislativa el proyecto para establecer una universidad enteramente laica, y la única en que los estudios serían legalmente válidos. En vano hombres eminentes por sus luces y su patriotismo, tan eminentes como Portalis, Champagny y Champtal, ministro del interior, advirtieron al déspota los inmensos males que causaría á la familia, á la sociedad y á la patria, la educación atea de la juventud; y cuando los Grandes Maestres Lebrun y Fontaner replicaron declarando que el objeto de la Universidad era acabar con las ideas antiguas, Napoleón exclamó: "¡Eso es, vosotros me habéis comprendido!," 2

1 "Barruel Memorias."

2 M. Ambrosio Rendu y la Universidad de Francia, por Eugenio Rendu.

A la vez, la Masonería alemana emprendía el mismo sendero. Mongelar, discípulo de Weishaup, estableció á príncipios del siglo en Baviera, la enseñanza atea obligatoria, y ya en 1825 un "Informe Oficial de las Sociedades Secretas Alemanas" contenía los siguientes datos:

"8,200 estudiantes cursan cátedras en 21 Universidades, de las que sólo 6 son católicas. De cada 288 estudiantes, 150 están afiliados en las logias del Iluminismo y otras sociedades secretas; por manera que más de la mitad de la generación que va á tomar parte en los negocios públicos de Alemania, está imbuída en las ideas de la masonería."

Esta propaganda tomó incremento colosal bajo el reinado de Federico Guillermo IV, á extremos de que el Arzobispo de Colonia, llamado con razón el Atanasio de Alemania, escribía en su libro "La paz entre la Iglesia y los Estados:"

"Es la escuela el terreno en que el ministerio de Als Kentein se esfuerza en atacar, disolver y extirpar el Cristianismo, especialmente el Catolicismo. Con ese fin se ha apoderado de las Universidades y los gimnasios, las escuelas secundarias y las primarias."

Y el ministro de Als Kentein exclamaba: "Dejadnos las escuelas, y os dejaremos gustosos las pompas de vuestro culto, los esplendores de vuestras jerarquías; vuestros obispos y sacerdotes; hasta los protejeremos y honraremos. Porque dejándonos las escuelas, el Catolicismo huirá de los corazones y todo eso pasará al hacinamiento de las cosas despreciables y olvidadas. 1

Tales fueron los orígenes, y de su gigantesco desarrollo procuraré presentaros el cuadro más sintético de que sea susceptible asunto tan vasto. En 1861 la masonería francesa presentó á Napoleón III, por manos de su ministro Roulan, un proyecto para establecer la enseñanza primaria, gratuita, laica y obligatoria, y en 15 de Octubre de 1866, las logias, presididas por Julio Macé, fundaron la "Liga de la Enseñanza," á fin de que el proyecto Roulan se ejecutara, no sólo en Francia, sino en toda Europa y América. El programa de la "Liga" fué remitido á las logias del mundo entero, y todas éstas se apresuraron á contestar con entusiasmo, comprometiéndose á poner en práctica el proyecto, tan pronto como el personal masónico de los respectivos países fuera adueñándose del poder público Así

1 Deschamps, "La Prusia y el Imperio Masónico."

consta en el Boletín de la "Liga," Julio de 1870, página 27; en el "Boletín del Gran Oriente," 1866, números 9 y 10; en el "Mundo Masónico," 1868, página 202; en la "Memoria de la Sociedad general de educación y enseñanza;" en la obra de M. Maussac, capítulo intitulado: "La liga es una de las formas de la Francmasonería."

La protesta, el juramento de esa Liga, fué declamado solemnemente por el Gran Maestre de la masonería francesa en el banquete que dió el Gran Oriente, con motivo de la Exposición Universal, el 24 de Septiembre de 1878. Hé aquí su brindis: "Que Roma, el ultramontanismo, la ignorancia, y que todo lo que se deriva de ellos, caiga para siempre bajo el desarrollo de nuestra escuela." "El Mundo Masónico," Noviembre de 1878, página 346.

Eslabonada así la inmensa conspiración para la escuela gratuita, laica y obligatoria, se procedió á implantarla formal y legalmente, y en 1879, Julio Ferry, Ministro de Instrucción Pública en Francia, formuló la primera iniciativa de ley, que, inútil parece decirlo, fué aprobada y puesta en vigor, é inmediatamente los demás Estados anticristianos de los dos mundos se apresuraron á cumplir sus promesas haciendo otro tanto.

El resultado de esta horrenda propaganda ha sido una imponderable absorción de las nuevas generaciones. Año por año aumentan espantosamente las filas de alumnos en las escuelas sin Dios; año por año es más copiosa la caída de las hojas del árbol cristiano; año por año lo mejor y más puro que tiene la sociedad, la niñez, es arrojada por los padres de familia al enorme pudridero de espíritus, donde perece todo ideal que no sea la carne, toda ventura que no sea el placer, toda moral que no sea el apetito, toda conciencia y todo honor de virtud.

Pues bien, Señores, probado como está que la escuela laica es eminentemente masónica y que su fin, lejos de ser el respeto á la religión del hogar, no es otro que el ataque al Catolicismo, el bombardeo brutal, encarnizado é incendiario de las posiciones cristianas, ¿cuál es el deber del pueblo de Cristo? La lucha. Sí, la lucha, más pujante, más esforzada, más violenta que la del enemigo; la lucha que nos impuso el Dios nuestro, cuando exclamaba: "Yo no he traído la paz, sino la guerra," la lucha del marino con la borrasca, del águila con el huracán, de la naturaleza cuando sus grandes fuerzas se azotan, como las alas del ave herida. Luchar, oponiendo escuelas cristianas á las

impías; numerosas escuelas y excelentes por su organización, su instalación y su método; fomentar las ya establecidas, engrandeciéndolas con eficaces protecciones. ¿Cómo se logrará esto? Con el sacrificio, pero hablo del verdadero, del profundo, del que no opone condiciones, es decir, del sacrificio cristiano; el que no guarda para los placeres y vanidades dinero que negar al Señor, dinero que debe ser el óbolo de Cristo; el sacrificio que le dice al trabajo: "eres mi amigo" y le dice á la abnegación: "eres mi hermana" y besa las manos santas al dolor; el que no se reserva tranquilidades ni aun para las satisfacciones legítimas, ni fuerzas aun para los afanes lícitos del mundo. Sólo así, con la imitación de Cristo, podremos salvar intereses tan grandes, y sólo salvándolos podremos salvarnos. ¿Y quién podrá llamar cristiano al que cómodo y regocijado en este medio inicuo, en este clima benigno de la persecución á Cristo, piensa que cumple con sus inmensos deberes y que debe aspirar al reino de los cielos, porque lleva un contingente de esplendor á las suntuosas festividades, porque ejecuta actos devotos, mientras las almas caen á miriadas en las tinieblas y el reino de Dios es destrozado por el enemigo? ¿Quién podrá llamar padre al hombre que entrega sus hijos á cierta ineludible prostitución de su espíritu, precursora y engendradora de la del cuerpo, esto es, á su ruina material, moral y social? ¿Cómo podrá llamarse patriota el que sabiendo que las fuerzas más poderosas de la patria son en resumen las virtudes de sus ciudadanos, arroja sus hijos á ese caos de negaciones en que no vive más convicción que la del deleite, y del que saldrán generaciones raquíticas de cuerpo, de corazón y de alma?

Señores: como cristianos, como padres y como patriotas, luchemos con toda nuestra abnegación y nuestra vida en este gran combate de la escuela, peleando en ella contra el error que es el mal. Recordemos que en la vida de Jesús su primer acto mesiánico fué la disputa con los Doctores. Defendamos desesperadamente, como la leona á sus hijos, defendamos estas multitudes de almas puras que se nos arrebatan.

¡Impúlsanos y fortalécenos, Tú, ¡oh Padre Celestial! Padre de esos niños que devora el abismo. Tú que impusiste á nuestro deber la santificación de tu nombre, y dirigiste nuestra oración al advenimiento de tu reino, y confiaste á nuestro esfuerzo y nuestra virtud la libertad y el engrandecimiento de esta hermosa y amadísima patria!!

El Alcoholismo en la República Mexicana.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESIÓN SOLEMNE QUE CELEBRARON LAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS DE LA NACIÓN, EL DIA 5 DE JUNIO DE 1896, EN EL SALÓN DE SESIONES DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES ACADEMICOS:

SEÑORES:

NÓ fué para la siempre ilustre familia del Lacio el día más bello de su historia, aquel en que miró postrados ante los pabellones de César todos los pueblos y los reyes, desde las riberas del Eufrates hasta más allá del Danubio; glorias que al fin deslavazaron con su silencioso rodar las eternas aguas de los siglos, sino el día de Génesis cuando vió reunida en su seno la primera Academia